

D. No puedo dejar de alegrarme con esa respuesta, pues tanto hace en mi favor. Mas porque tan grande cosa como es hacerse Dios hombre ha de traer consigo grandes frutos y provechos á la vida humana, eso querría me declarádeses agora.

M. Eso podréis vos entender, si os acordádes de lo que hasta aquí habemos platicado, junto con todo lo que me decis haber leído en el tratado precedente. Porque primeramente por este medio nos provocó este Señor á le amar, descubriéndonos la inmensidad de su bondad, que es el mayor motivo que hay de amor. Porque así como es propio (segun dijimos) de la summa bondad summamente comunicarse, así esta summa comunicacion es argumento claro de ser summa bondad la que así se nos comunicó. Item, por aquí tambien nos declaró la grandeza de su caridad, queriendo hacerse nuestro hermano, nuestra carne y nuestra sangre: que es otro grande estímulo y motivo de amor. Por aquí tambien esforzó nuestra esperanza, y nos hizo creíble que pues Dios habia descendido á hacerse hombre, que el hombre podría subir por via de gracia á hacerse semejante á Dios; pues es mucho mas aquello que esto, como en el tratado pasado dijimos. Y si os acordais de aquellos admirables frutos que referimos del árbol de la Cruz, entenderéis que el fundamento dellos fué hacerse Dios hombre; porque no pudiera morir en cruz, si no lo fuera; y así de todos aquellos frutos suavísimos carecieramos: en los cuales está toda nuestra salud y redempcion. Y demas desto haciéndose este Señor hombre, y conversando entre los hombres con tan grande sanctidad, nos allanó y facilitó el camino de la bienaventuranza con la luz de su doctrina, y nos animó á caminar por él con la virtud de sus ejemplos; porque de lo uno tenia necesidad nuestra ignorancia, y de lo otro nuestra flaqueza; y ambas cosas eran necesarias para contrastar á la sabiduría carnal y potencia del mundo. Porque como la filosofia del Evangelio por una parte sea un público pregon y condenacion de la cobdicia desordenada de las honras, riquezas y deleites sensuales; y por otra parte ninguna otra cosa mas procure (generalmente hablando) todo el género humano, y todos los grandes y prudentes del siglo (los cuales por mar y por tierra, por hierro y por fuego buscan todas estas cosas, en las cuales tienen puesta su felicidad y último fin), ¿cómo pudiera un hombrecillo flaco oponerse contra este torrente, y desmentir á todo el mundo, si no tuviera por sí los ejemplos y testimonios de Cristo? Porque está luego á la manó acudir con aquel argumento que hace Sant Bernardo, tratando de la humildad, y aspereza, y desabrigo con que el niño Jesus nació, diciendo así (z): O este niño, que esta manera de aspereza escogió, se engaña, ó el mundo yerra, que busca lo contrario. Mas imposible es engañarse la summa sabiduría: luego síguese que el mundo yerra. Con este argumento burlan los buenos de la potencia y prudencia del mundo. Y este es uno de los frutos que el Hijo de Dios trajo al mundo, como lo dice Sant Augustin por estas palabras (a): Porque los hombres mas confiadamente caminassen á la primera y summa verdad, que es Dios, la misma verdad, vestida de carne humana, estableció y fundó la fe, esto es, la verdad y la doctrina de la fe. Y la necesidad que habia del magisterio de tanta autoridad, no sé con qué lumbre la alcanzó aquel gran filósofo Platon: el cual dice

(z) De Natali Domin. serm. 5. in princip. (a) De Trinit. lib. 4. cap. 18. tom. 3.

que con esta limitacion debian sus discípulos guardar los preceptos que él les habia dado, hasta que viniera algun hombre mas sagrado que les enseñase otra mas excelente doctrina.

D. Ciertamente, Maestro, gran razon tuvo el Salmista para decir (b): ¡Cuán dulces son, Señor, para mi paladar vuestras palabras! Son cierto mas dulces que la miel, en mi boca. Digo esto por la consolacion que he recibido en oiros, mayormente considerando en eso, por cuántas vias y maneras aquella infinita bondad ayuda á nuestra flaqueza con el misterio de su encarnacion. Porque quien estaba cercado de tantas enfermedades, y acosado de tan malas inclinaciones por razon de aquel comun pecado, tenia necesidad de una medicina universal que le diese remedio; el cual suficientísimamente se halla en el misterio de la Cruz, con lo que habeis agora dicho, y con todo lo contenido en el tratado pasado. Mas porque la materia deste misterio es por una parte tan alta, y por otra tan copiosa, otras cosas mas tengo que preguntaros, las cuales quedarán para otra sesion.

M. Acertais en eso; porque la flaqueza de nuestros entendimientos mejor recibe las cosas distinctamente y poco á poco declaradas, que tratándolas todas juntas. Acuérdomos haber leído en Quintiliano, que como los vasos estrechos no pueden recibir algun licuor si lo echais de golpe todo junto, mas recibiendo muy bien si lo echais poco á poco: así tambien se entiende mejor cualquier dificultosa y alta doctrina, cuando poco á poco por partes se nos enseña.

DIALOGO III.

En el cual se pregunta por qué causa nuestro Salvador, ya que tuvo por bien hacerse hombre, quiso que su vida fuese humilde, pobre y trabajosa.

DISCÍPULO.

La materia que tratamos es de tanta suavidad por una parte, y de tanta majestad por otra, que siempre tengo de buscar ocasiones para tratar della; y por esto añadiré otra pregunta á la pasada. Porque deseo saber la causa por la cual el altísimo Hijo de Dios, ya que tuvo por bien hacerse hombre para nuestro remedio, quiso en este mundo vivir tan pobre, tan humilde y con tantos trabajos, cuantos en su vida sanctísima y mucho mas en su muerte padesció. Porque el commun juicio del mundo tiene por abatimiento la pobreza, y la vida humilde y trabajosa, y procura por todos los medios posibles, y aun imposibles, huir della.

Maestro. Esa pregunta no hubiera lugar si tratáramos este negocio entre hombres sabios y filósofos: muchos de los cuales, sin tener lumbre de fe, por sola razon natural desecharon de sí todos estos bienes que el mundo adora, teniéndolos por carga, y por materia de cuidados, y por impedimento del estudio de la filosofia que ellos amaban, y por grande estorbo de la verdadera felicidad que ellos pretendian. Lo cual es en tanto grado verdad, que hasta los discípulos de Epicuro (que ponian la felicidad en el deleite) desechaban esta manera de bienes, diciendo que las cargas, y cuidados, y inquietud que consigo traian, les agriaban y perturbaban el gusto y deleites de la vida que ellos deseaban; y los filósofos estoicos por ninguna via quieren conceder que estos se llamen bienes, pues no son parte para hacer buenos á sus

(b) Ps. 118.

poseedores (a): ántes á veces les dan ocasion de ser mas vanos, mas presumptuosos, mas regalados, y mas inhumanos para con los miserables (porque no saben qué cosa sea miseria), y sobre todo mas deshonestos, porque para esto y para otras cosas les dan materia las riquezas.

Mas ya que el mundo es tan ciego, que no sabe cuáles sean los verdaderos bienes, y los judíos esperan un Mesías, el mas rico y poderoso del mundo, á los unos y á los otros mostraré clarísimamente la vanidad deste engaño. Y porque en las cosas que se ordenan para algun fin, la razon y orden dellas se toma del mismo fin, ruegoooo me digais: ¿para qué fin habia de venir el Hijo de Dios al mundo?

D. Parece que tan grande cosa como era venir ese Señor al mundo vestido de carne humana, no podia ser sino para grandes cosas: que es para renovar el mundo, y hacer grandes bienes á los hombres.

M. Pregúntos agora: como haya dos maneras de bienes, unos del cuerpo, y otros del ánima; ¿cuáles os parece que son mayores bienes?

D. A eso podria responder cualquier rústico, por bozal que fuese; porque está claro que cuanto es mas excelente el ánima que el cuerpo, tanto son mas excelentes los bienes del ánima (que nos disponen para la vida eterna) que los del cuerpo, que se acaban con la vida. Y para darnos estos excelentes bienes era razon que el Hijo de Dios viniese al mundo. Y sin que mas me preguntéis, pasaré mas adelante, y concluiré de lo dicho, que así como los bienes del ánima son mas excelentes que los del cuerpo, así los males del ánima (que son los pecados) son mayores males que los del cuerpo; y esto en tanto grado, que me acuerdo haber leído en Sant Augustin (b) que menor mal sería perderse todas las criaturas del mundo, que ofender á Dios con un pecado venial.

M. Muy bien habeis filosofado. Y de aquí podemos inferir, que pues el Señor del mundo venia á reformar el mundo que él habia criado, era razon que viniese á dos cosas señaladas: la una á desterrar los pecados, que son los verdaderos males; y la otra á enriquecernos con los verdaderos bienes, que son los del ánima. Pues si para esto venia, no le convenia otra manera de vida sino esa, que era vida pobre, áspera y humilde.

D. Eso deseo entender.

M. Estad agora atento, y verlo heis. Los médicos para curar una dolencia todo su estudio ponen en desterrar las causas della, que son los humores venenosos de donde ella nace. Pues este modo de curar guardó aquel grande médico que vino del cielo; porque luego en viniendo aplicó el remedio á las principales raices de todos los pecados. Para cuyo entendimiento es de saber que el principio y fuente universal de todos los males es el demasiado amor de sí mismo, hijo primogénito del pecado original, y principio de toda corrupcion, y precursor del Anticristo: en cuya venida dice el Apóstol (c) que serán los hombres grandes amadores de sí mismos. Deste mal amor nacen tres hijos, que son tres malos amores: conviene saber, amor desordenado de honra, de hacienda, y de deleites sensuales. Pues destes tres ramos que nacen deste pestilencial tronco, nace toda la fruta de muerte, y toda la corrupcion de nuestra vida. Y así podemos

(a) Aug. cont. Academ. lib. 1. cap. 1. tom. 1. et de Civit. Dei. lib. 9. cap. 4. tom. 5. (b) August. lib. Cur Deus hom. cap. 9. (c) 2. Tim. 3.

decir que como todo el linaje humano despues del Diluvio se derivó de Noé por medio de aquellos tres hijos que tuvo, Sem, Cam y Jafet, así tambien toda la universalidad de vicios del género humano nace deste padre universal de todos ellos, que es el amor proprio, por medio destes tres hijos que tiene, que son estos tres malos amores que dijimos. Porque el primero destes (que es amor desordenado de la honra) viene á ser motivo de muchas maneras de pecados. La razon desto es, porque los hombres ponen la honra, no en la virtud (que sola merece honra), sino en muchas cosas vanas que el mundo ciego ha hecho honrosas sin lo ser. Y para alcanzar cada cosa destas hay muchos malos medios y caminos; y por todos estos andan los amadores desta vanidad por alcanzar lo que tan apasionadamente desean; y así vienen á caer en muchos despeñaderos de pecados, y á dejar de hacer las cosas necesarias á sus ánimas, cuando les parece no ser tan honrosas. Y esta fué la causa porque los fariseos, aunque veian las maravillosas obras de Cristo, no quisieron seguirle, ni creer en él; porque, como dice Sant Juan (d), amaron mas la gloria del mundo que la de Dios. Y el mismo Señor les repitió esta sentencia diciendo (e): ¿Cómo podeis vosotros creer, pues andais buscando la honra unos de otros, y no haceis caso de la honra que viene de Dios? Tambien hay muchas maneras de haciendas, y muchos malos medios para alcanzarlas; y así hay aquí muchos motivos para muchas maneras de pecados. Por lo cual dijo el Apóstol (f) que la cobdicia era raiz de todos los males. La cobdicia tambien desordenada de deleites es como sementera de otros muchos males. Porque los hombres mundanos, despreciados los verdaderos deleites de la buena conciencia (que es como dice el Sabio (g) un perpetuo banquete), ponen sus deleites en comer y beber, dormir, y en deleites carnales, en vestidos curiosos, en camas regaladas, en edificios sumptuosos, en fiestas y juegos, y en otras maneras de pasatiempos que la carne desea, cada uno de los cuales se alcanza muchas veces por muchos malos medios, y así son causa de muchos pecados; y demas desto hacen los hombres efeminados, apocados, bestiales, viles, y discípulos del infame Epicuro, y de Mahoma seguidor de sus deleites; y sobre todo esto hácenlos, como dice el Apóstol (h), enemigos de la Cruz de Cristo, y amadores mas de sus deleites que de Dios, y idólatras y servidores de su vientre. Y no solo este amor es causa de muchos pecados, sino tambien es cuchillo de todas las virtudes; porque como el amador de deleites sea enemigo de trabajos, y todas las virtudes estén acompañadas con ellos, por el mismo caso que es uno enemigo de trabajo, lo es tambien de toda virtud. Por lo cual dijo Séneca que en el reino del deleite no tenia parte la virtud; y en otro lugar dice el mismo, que muy poco estima la virtud el que tiene demasiado amor á su cuerpo. Y así tambien es comun sentencia de filósofos, que el amor del deleite es yesca y cebo de todos los males; y mucho mas lo serán estos tres malos amores que ya dijimos. Y por ser ellos (cada cual en su manera) tan vehementes, vienen á ser grandes incentivos para pecar; pues vemos que los que están presos destas aficiones, no hacen caso, ni de paraíso, ni de infierno, ni de juicio, ni de muerte, ni de promesas, ni amenazas, ni beneficios de Dios: ántes rompen por todo esto tan fácilmente como por telas de arañas, por alcanzar lo

(d) Joan. 12. (e) Joan. 5. (f) 1. Tim. 6. (g) Prov. 15. (h) Philip. 3.

que desean. Pues siendo estas las tres principales fuentes de todos los males, y las tres principales llagas de la naturaleza humana, era cosa convenientísima que aquel Señor que vino del cielo para ser médico del mundo, proveyese de emplastos y remedios para ellas. Para lo cual (demás del remedio de la gracia y de los sacramentos, que para esto sirven) quiso que su vida fuese pobre, humilde y trabajosa, y la muerte mucho más. Pues si para esto venía, ¿de qué otra manera había de venir? ¿Había de venir con fausto y pompa, viniendo á curar nuestra soberbia? ¿Había de venir lleno de riquezas, viniendo á desterrar la cobdicia desordenada de ellas? ¿Había de venir lleno de regalos y delicias como otro Salomón, viniendo á condenar la demasía de ellas? Porque si un contrario se cura con otro contrario, ¿cómo había de venir el médico de estos males, sino con medicinas de virtudes contrarias á ellos?

Pues este ejemplo fué un grande estímulo á todos los santos para el menosprecio del mundo, y para el amor desta manera de vida que vieron en su Señor. Porque ¿qué hombre será tan ingrato y desconocido, que viendo al Criador de los cielos, al Señor de los ángeles, á la gloria de los bienaventurados en este hábito y figura tan humilde, padeciendo tantas maneras de trabajos, no se esfuerce á imitar algo de lo que ve en él, siquiera por no consentir que una tan costosa medicina haya sido hecha en vano? ¡Oh medicina, dice Sant Agustín (i), que todas las cosas remedia, que recoge todas las cosas deramadas, que repara todas las flacas y enfermas, que corta todas las superfluas, y corrige todas las depravadas! ¿Qué soberbia se puede sanar, si con esta humildad del Hijo de Dios no se sana? ¿Qué avaricia se puede curar, si con la pobreza deste Señor no se cura? Y no menos enseña él esta celestial filosofía naciendo, que muriendo; pues luego en ese primero día que entró en el mundo, sin aguardar más tiempo ni sazón, quiso ser aposentado en un establo, y reclinado en un pesebre, y probar luego por experiencia parte de las injurias y miserias desta vida. Porque, como apunta Sant Bernardo (k), el tiempo de su nacimiento era invierno, la noche fría, el lugar desabrigado, la cama dura, los paños pobres, y la compañía no más que Josef y María. Pues ¿qué pobreza y qué humildad se puede comparar con esta? ¿Adónde había más de deceder este Señor, que nacer en establo, y dormir en pesebre, que es partir cama y casa con las bestias? ¡Oh Rey de los ángeles! ¡Oh Señor de los cielos! ¿Qué lugar ese que habeis escogido? Si el cielo es vuestra silla, y la tierra el estrado real de vuestros piés; si estais asentado sobre los querubines, y dende ahí mirais los abismos: ¿cómo habeis querido agora poner vuestra silla en este abismo de tan gran bajeza? No es otra la causa sino el remedio de nuestra vida, porque dende luego quereis enseñar por ejemplo lo que despues habeis de predicar por palabra. Y ese pesebre es una cátedra donde callando enseñais con grande eficacia el menosprecio del mundo, y la filosofía del Evangelio.

§. I.

Bienes que el Salvador nos trajo con su humanidad santísima.
DISCÍPULO.

Bastantemente quedo satisfecho y concluido, que la

(i) De Doctr. Christ. lib. 1. cap. 14. et in Psalm. 55. prop. fin. et de Evang. Joan. tract. 17. et de Verb. Domin. serm. 18. cap. 6. 7. serm. 59. cap. 11. 12. Hom. 34. c. 2. (k) Sermon. 5. de Natali. Dom.

mas conveniente manera de vida que el Salvador había de seguir era esa que escogió, supuesto que venía á desterrar los pecados del mundo, cortando las raíces de ellos. Porque si venía á pelear con estos tres gigantes tan poderosos, si venía á derribar estos ídolos que adoran las gentes, si venía á hacer guerra al fausto, á la vanidad, á la soberbia, á la avaricia, y á las delicias que tenían tirannizado el mundo, y llevaban en pos de sí los hombres, y los apartaban de Dios, empleando sus vidas en el servicio de estos falsos dioses, ¿con qué otras armas les había de hacer la guerra? ¿Con qué otro hábito había de venir?

Mas porque me dijistes que este Señor venía no solo á desterrar los males del mundo (que son los pecados), sino también á enriquecernos con verdaderos bienes, deseo saber cómo ese hábito de humildad y pobreza sirve también para esto.

Maestro. Eso también os mostraré con la misma claridad. Para lo cual conviene presuponer que el mayor bien que la criatura racional puede alcanzar, es hacerse semejante á su Criador, imitando (cuanto le sea posible) aquella summa sanctidad y pureza de él. Y no piense nadie ser presunción anhelar á esta semejanza, pues el mismo Señor tantas veces nos provoca á ella, diciendo (l): Sed santos como yo lo soy. Y no menos el Apóstol nos convida á lo mismo cuando dice (m): El primer hombre fué de la tierra, terreno; mas el segundo fué del cielo, celestial. Cual fué el terreno, tales son los terrenos; mas cual fué el celestial, tales son los celestiales. Por tanto si hasta agora habemos traído la imágen del terreno, trayamos agora la imágen del celestial.

Esta alteza de vida nos representó el Señor en una singular comparación, diciendo por el profeta Ezequiel (n): Tomaré yo (dice el Señor) de la médula del cedro alto, y de los pimpollos de sus ramas, y plantarlas he en un monte alto, y allí nacerán y darán su fruto. Pues ¿qué cedro, qué médula y qué pimpollos son estos? El cedro alto es el Padre todopoderoso; la médula deste cedro es el Hijo, que está en el seno del Padre; y el pimpollo de las ramas altas es el Espíritu Santo, que procede de ambos; y este pimpollo con esta médula fué plantado en el monte alto de la Iglesia; y ahí prendió ese divino espíritu, y dió fruto celestial, criándose en la tierra hombres celestiales y divinos, conforme á la naturaleza de la planta que en ella se plantó.

Pues para esto señaladamente vino el Hijo de Dios al mundo, y para esto nos mereció y envió el Espíritu Santo, para que él con la virtud de su espíritu de tal manera espiritualizase y deificase los hombres, que descarnándolos de toda carne, pudiesen vivir esta vida celestial. Y llámase vida celestial, por la semejanza que en su manera tiene con la vida de aquellos espíritus bienaventurados: los cuales como están libres y exentos de las cosas de la tierra, se ocupan siempre en apacentar sus ojos en la divina hermosura, gozando de aquella infinita luz, y de aquel universal y summo bien en quien están todos los bienes. Pues esto mismo hacen en su manera los que con el favor deste espíritu celestial han llegado á vivir esta vida, como llegaron todos los santos: los cuales hecho ya divorcio con el mundo, todo su estudio y cuidado era vacar á Dios, y conversar con Dios; de tal manera que con solo el cuerpo estaban en el mundo, mas con el espíritu, con el pensamiento y con los deseos

(l) Lev. 11. 1. Petr. 1. (m) 1. Cor. 15. (n) Ezech. 17.

conversaban en aquella patria celestial. Pues desta manera de vida es Dios el autor principal, como él se gloria dello hablando con el sancto Job por estas palabras (o): ¿Por ventura sabes tú la orden que hay en el cielo, y serás poderoso para poner esta misma orden en la tierra? Solo Dios es poderoso para hacer esta mudanza, como es imitar los hombres en la tierra la pureza, la orden y los ejercicios del cielo: como muestra el Apóstol que lo hacía, cuando dice (p) que toda su conversacion y trato era en el cielo; porque no traía puestos los ojos de su ánima en las cosas temporales que se ven, sino en las eternas que no se ven.

Mas para esta tan alta y gloriosa empresa conviene que el hombre dé un general libelo de repudio á todas las aficiones desordenadas y cuidados congojosos del mundo; porque (como dice muy bien Sant Juan Climaco) así como es imposible mirar con un mismo ojo al cielo y á la tierra (que son dos términos contrarios), así lo es tener el corazón plantado en el amor de las cosas de la tierra y en las del cielo; porque para vivir á las unas es necesario morir á las otras. Esta es aquella abnegacion y cruz del Evangelio (q), y aquella mortificación á que tantas veces nos convida el Apóstol, exhortándonos á morir esta manera de muerte á las cosas del mundo para vivir á las de Dios.

Mas este bocado tan precioso no deja de costar caro; pues para esto es menester (como decimos) despedir de nuestra ánima todos estos apetitos de las cosas terrenas, para que, recogidas en uno todas las aficiones y fuerzas della, el agua de amor que corría hácia la tierra por todos estos caños, se encamine al cielo, y se emplee en el amor del summo bien, que es Dios. Y aunque haya muchos grados en la vida evangélica, en los cuales se pueden los hombres salvar, mas porque este es el mayor, decimos que este es el que principalmente vino á plantar el Hijo de Dios en la tierra, denominando la causa de su venida del postrer punto y término della.

Pues si á esto venía este celestial y nuevo hombre, ¿cómo había de venir á predicar y canonizar esta manera de vida, sino honrándola y ejercitándola en su misma persona? ¿Cómo había de aprobar esta medicina, sino usando él primero della? ¿Cómo había de persuadir que esto era lo mejor, si él para sí tomaba lo contrario? ¿Cómo había de acabar con los hombres que se vistiesen deste hábito del hombre nuevo, si él venía vestido del viejo y usado en el mundo? ¿Cómo creyeron al que condenaba el demasiado amor de las riquezas, y honras, y deleites, si él venía lleno de esas mismas cosas que condenaba? Tal pues había de venir, desnudo de todos los bienes del cuerpo, y rico de todos los bienes del ánima: por de fuera humilde, y dentro glorioso: en los ojos de los hombres despreciado, y en los de Dios precioso. Tal finalmente había de venir, cuales él nos deseaba hacer; y tal había de ser la manera de su vida, cual era su doctrina; porque si de otra manera viniera, él mismo fuera contrario á sí, y con las obras deshiciera lo que con la doctrina predicaba.

D. En gran manera se ha recreado mi ánima con lo que hasta aquí habeis tratado; y no pienso habrá entendimiento, por ciego que sea, que si considerare esas conveniencias que habeis propuesto, no quede concluido y átado de piés y manos, y que no vea claro que con

(o) Job. 38. (p) Philip. 5. (q) Matth. 10. 16. Luc. 9. 14. 17. Marc. 8. Joann. 12. Colos. 3.

ningun otro hábito mas propio, ni con otra manera de vida había de venir el que venía á reformar el mundo, y á hacer que los hombres carnales y terrenos se hiciesen celestiales y divinos, no siendo posible ser lo uno sin dejar de ser lo otro. Pues si esta es la mayor perfeccion que el hombre puede en esta vida alcanzar, no era razon que el que la venía á enseñar careciese della.

§. II.

Declarase cuán conveniente haya sido vivir Cristo esta manera de vida pobre y humilde, por razon del fin para que el hombre fué criado.

MAESTRO.

Es tan rica y tan copiosa esta materia, que por mucho que digamos, siempre es más lo que nos queda por decir, que lo dicho. Porque ¿qué lengua podrá agotar lo que la infinita sabiduría de Dios en tan grande negocio trazó y ordenó? Y pues vos tanta consolacion habeis recibido con lo que hasta aquí se ha platicado, quiero pasar adelante, y declararos cuasi lo dicho, aunque por diferente camino. Para lo cual habeis de saber que así como en todos los géneros de cosas hay unas verdaderas, y otras de tal manera falsas que parecen verdaderas, así también acaesce en la felicidad del hombre, que hay una verdadera, y otra aparente que parece verdadera y no lo es, y con esta muestra contrahecha tiene engañada la mayor parte del mundo. Esta felicidad es la que consiste en abundancia de riquezas, y honras, y deleites sensuales. La cual felicidad es falsa, engañosa, breve, frágil y subjecta á mil maneras de cuidados y congojas. Otra hay verdadera, que consiste no en bienes del cuerpo, sino del ánima, que son bienes espirituales; y particularmente en la contemplacion y amor del summo bien, que es Dios, en el cual tiene el hombre verdadero y cumplido descanso. Mas con todo eso, ¿qué hace el demonio? Tómanos con gayta como á negros. Pónenos delante el gusto desta felicidad exterior y sensible (que parece felicidad, y no lo es), y nosotros como negros nuevos, y como gente ruda, cegámonos con el resplandor desta felicidad, ó por mejor decir; como bestias engañámonos con el sabor y apariencia deste cebo exterior, y desta manera nos prende, y captiva, y hace esclavos de nuestros apetitos. Pues de este engaño nacen todos los otros engaños y males desta vida; porque pervertido el fin de la vida, toda ella queda pervertida. Y desta manera presuponiendo el hombre que toda su felicidad consiste en este linaje de bienes, entrégase todo á buscarlos y procurarlos con todos los cuidados y pecados que ellos suelen procurar.

Pues como este sea un tan universal y tan grande engaño, convenia que este Señor, que había venido del cielo á ser maestro de la verdad, nos librase de él, y nos enseñase en qué consistía la verdadera felicidad, junto con los medios por donde se alcanzaba. Él pues nos enseñó que en la contemplacion y amor del summo bien (que es obra del mayor de los dones del Espíritu Santo, que se llama sapiencia) consistía nuestra felicidad; y que los medios principales por donde se alcanzaba, era el menosprecio de todas las cosas del mundo, y la mortificación de todas las pasiones y regalos de nuestra carne. La cual doctrina, demás de la lumbré de la fe, se confirma también por lumbré de razon natural. Porque algunos grandes filósofos hubo que alcanzaron esto, y determinaron que en esta manera de sapiencia estaba

el summo bien del hombre; puesto caso que su sapiencia y la nuestra son muy diferentes, porque la nuestra es infundida por el Espíritu Sancto, mas la suya es adquirida por estudio humano. Deste parecer (entre otros grandes filósofos) fué Platon: el cual concluye en el diálogo llamado Fedon, hablando en persona de Sócrates, que en esta manera de sapiencia consiste nuestra bienaventuranza.

Descubierta esta mina de oro (tras de la cual anduvieron cavando los primeros filósofos sin poder dar en ella) acuden los amigos de Sócrates con grande instancia á preguntarle qué medio habia para alcanzar tan grande bien. A esto respondió él que esta manera de sabiduría no se podia alcanzar en esta vida, sino despues della. Y entre las causas que para esto da, una de las mas principales es, que el hombre en esta vida está sujeto á infinitas maneras de necesidades, de enfermedades, de cuidados, de negocios, de trabajos, de peligros, de caecimientos y desastres, y de otros muchos accidentes que suceden en ella, así en las personas propias, como en las de nuestros deudos, y amigos, y familiares, cuyos trabajos y cuidados no ménos inquietan y perturban á las personas, que los propios. Pues como el ánima sea tan amiga y hermana de su cuerpo, embarrada y ocupada con estas cargas, y pungida con todas estas espinas, no puede libremente levantarse á la contemplacion de aquella altísima sabiduría (r), que mora en una luz inaccesible, y no se deja entender como conviene, sino de ánimas puras y desocupadas de los demasiados tratos y negocios del mundo. Porque de otra manera, si quisiere levantarse á lo alto, el peso de la carne y las espinas de los cuidados tiran por ella, y le impiden la subida. Y por esto con mucha razon decia este gran filósofo, que no podia el hombre alcanzar esta sabiduría, y emplearse todo en el ejercicio della, hasta que el ánima estuviese apartada de la servidumbre deste cuerpo por medio de la muerte que deshace esta liga y compañía; porque entónces podrá libremente volar á lo alto sin embarazo y impedimento del cuerpo.

Con todo esto viene este filósofo á moderar esta sentencia, diciendo que si alguno hubiere que de tal manera viva en esta vida, como si ya estuviese fuera della, y de tal manera despida de sí todos los cuidados y gustos de su cuerpo, como si ya estuviese fuera dél, este tal se podria ya contar por muerto; y quanto mas lo estuviese, tanto mas hábil estaria para vacar á la contemplacion de las cosas divinas: que es (como ya dijimos) el oficio proprio de aquella sabiduría. Y por este linaje de muerte entiende este filósofo el apartamiento de todos los apetitos de nuestro cuerpo: el cual por ningun vocablo se significa mejor, que por este nombre de muerte; porque no es otra cosa muerte, sino apartarse el ánima del cuerpo. Y el oficio del verdadero sabio ha de ser apartar el ánima (en cuanto le sea posible) del cuidado demasiado, y de todos los apetitos y regalos de su cuerpo, contentándose con aquello que puntualmente es necesario para sustentar la vida. La cual sentencia (como refiere Sant Hierónimo en el Epitafio de Nepociano) alabaron grandes filósofos, y levantaron hasta el cielo. Y por cierto con mucha razon; porque demas de ser ella certísima, es argumento firmísimo con que se prueba y confirma la verdad de la perfeccion evangélica. La cual declaró el Profeta con solas dos palabras,

(r) 1. Tim. 6.

cuando dijo (s): Desocupáos, y ved que yo soy Dios. Donde toma por medio el apartamiento de las cosas del mundo, para emplear el ánima en el conocimiento y contemplacion del summo bien. El cual apartamiento ha de ser tan general, que merezca este nombre de muerte que los filósofos le pusieron; pues no es otra cosa muerte (como dijimos) sino apartarse el ánima del cuerpo.

Pues cuando aquí llegaron estos filósofos, pareciales que habian volado muy alto, y llegado á alcanzar lo que grandes ingenios se desvelaron por saber: que era determinar en qué consistia la felicidad, y por qué medios se alcanzaba. Mas tenemos por qué dar muchas gracias á aquel maestro que vino del cielo, que esta tan alta filosofia (á que los grandes ingenios con su grande estudio apenas atinaron, mas nunca la ejercitaron) de tal manera enseñó, que infinitas personas sin letras no solamente la alcanzaron, mas tambien la ejercitaron perfectísimamente. Porque esto hicieron luego al principio de la Iglesia todos aquellos sanctos padres de Egipto que vivian en soledad, los cuales (si decirse puede) estaban mas que muertos al mundo, y á su propia carne, pues muchos dellos la sustentaban con solas legumbres, ó raíces de yerbas silvestres. Lo cual refiere Sant Hierónimo en una epístola á la virgen Eustoquio (t), donde hablando de la penitencia que él hacia en el desierto, dice así: Del comer y del beber no hablo; pues los monjes, aunque estén enfermos, beben agua; y comer alguna cosa cocida se tiene entre ellos por lujuria. Pues desta manera desembarazados estos sanctos varones de la servidumbre de sus cuerpos, empleaban los dias y las noches en el estudio y ejercicio desta divina filosofia; y esto con increíble suavidad y consolacion del Espíritu Sancto. Porque de otra manera, ¿cómo pudieran hombres de carne y hueso como nosotros, sufrir soledad y vida tan intolerable, siendo el hombre naturalmente animal político y amigo de compañía? Destos dice Sant Hierónimo en la sobredicha epístola, que de tal manera vivian en la carne como si estuvieran fuera della. En las cuales palabras comprehendió todo quanto desta muerte filosófica habemos hasta aquí tratado.

Esta manera de muerte, y este linaje de estudio y ejercicio escribe Filon (uno de los elocuentes y graves filósofos del mundo) que ejercitaban los primeros fieles cerca de Alejandría: lo cual referirémos adelante mas por entero en su proprio lugar. Mas agora solamente diré lo que hace al propósito desta muerte, y es, que estos sanctos varones moraban fuera de poblado en unas caserías humildes que hacian junto al lago llamado Marian. Y dellos primeramente dice que despedian de sí todas las posesiones y haciendas temporales, y desta manera desarraigaban de su corazon todo el amor y solicitud de las cosas del mundo. Ninguno (dice él) come ni bebe ántes que el sol se ponga; repartiendo el tiempo de tal manera, que el dia se emplee en los estudios de la sagrada sabiduría, y parte de la noche en satisfacer á la necesidad corporal. Algunos hay que vienen á comer despues de tres dias: aquellos á quien aflige mas la hambre de la palabra divina. Y los que mas alcanzan desta alta sabiduría, y gustan mas profundos secretos espirituales de la divina Escritura, tan aficionados están á aquellos sabrosos manjares, que se olvidan de los corporales hasta el sexto dia; y entónces comen, no con

(s) Psalm. 43. (t) Pauló post initium.

deseo ni deleite, sino para sustentacion de su cuerpo. Hasta aquí son palabras de Filon.

D. En gran manera estoy espantado desto que me habeis referido por dicho de un tan abonado y grave testigo como fué Filon. Porque no podria yo creer que fuese posible pasar los cuerpos humanos tantos dias sin refeccion, y que todo ese tiempo se gastase en la contemplacion y estudio de las cosas divinas. Pues segun esto, ¿cuánto es mas alta y admirable nuestra filosofia, que la desos tan grandes filósofos que habeis nombrado, y cuánto mas adelante pasaron nuestros filósofos de lo que ellos pudieron imaginar? ¿Qué mas muerte y qué mas apartamiento de cuerpo y ánima se puede hallar que esa, donde el cuerpo pasa seis dias sin mantenimiento? ¿Cuán grandes serían las alegrías, y consolaciones, y fuerzas del espíritu, que podian soportar tan grande ayuno! Mas ruégoos me digáis si hay en estos tiempos presentes algunas reliquias desos padres antiguos.

M. Artículo es de fe, que el Espíritu Sancto ha de morar en la Iglesia hasta la fin del mundo: que es el principal autor y maestro desta vida celestial. Y el Salvador despidiéndose de sus discípulos dijo (v): Mirad que yo estaré con vosotros hasta la fin del siglo. Pues segun esto nunca dejará de haber en la Iglesia personas que despreciadas las cosas del mundo tengan toda su felicidad, su amor y esperanza en Dios. Verdad es que (como dice Casiano), esas tan grandes abstinencias de semanas enteras sin comer, no se compadescen con los aires y temperamento destas regiones occidentales. Pero lo demas (que es pobreza, aspereza de vida, continuo estudio de oracion, y finalmente aquella manera de muerte de que hasta aquí habemos tratado) en muchas partes de la Cristiandad se halla. Porque muchos monasterios, y aun provincias hay en la Cristiandad, donde se entiende, practica y ejercita mejor esta filosofia, que nunca Platon ni Sócrates la entendieron; y no por filósofos sabios y muy enseñados en las ciencias humanas (como lo fuéron ellos), sino por muchas personas (como dijimos) sin letras, y sin el estudio desas ciencias. Los cuales filósofos si agora resuscitasen, y viesen aquella tan alta filosofia que ellos con tanto estudio alcanzaron, entendida y ejercitada en tantas partes por esta gente, no podrian dejar de maravillarse, y de conocer que el dedo de Dios entrevenia aquí, y que era verdadera la fe y religion que así habia comprehendido aquella tan alta y verdadera filosofia.

Pues volviendo al propósito principal, si nos consta, no solo por lumbré de fe, sino tambien por clarísima razon y testimonio de grandes filósofos, que la vida del verdaderamente sabio consiste en esta manera de muerte (que es el apartamiento de los bienes del mundo, y de los regalos del cuerpo) para emplear libremente el espíritu en la contemplacion de las cosas divinas, ¿cuál otra habia de ser la vida de aquel gran Filósofo que vino del cielo á enseñarnos esta celestial filosofia, sino pobre, humilde y trabajosa? Y si hay (como ya platicamos) dos maneras de felicidad, una falsa (que consiste en la abundancia de los bienes del cuerpo) y otra verdadera (que consiste en los bienes del ánima, despreciados los del cuerpo), ¿con qué otro hábito habia de venir al mundo el que venia á condenar la felicidad falsa, y enseñar la verdadera? En lo cual se ve claro el

(v) Matth. 28.

engaño de los mortales, que pretendiendo alcanzar verdadera felicidad, andan desvelados tras de los bienes corporales: lo cual es tan grande engaño, como el de uno que queriendo navegar hácia Oriente, tomase la rota de Occidente; pues buscan la felicidad en lo que es totalmente contrario á la verdadera felicidad. Por donde así como no se compadesce la verdad con la mentira (porque la una deshace la otra), así tampoco pueden caber en un sujeto felicidad falsa y verdadera; pues no ménos son contrarias entre sí, que verdad y mentira.

DIALOGO IV.

En el cual se trata de las causas y conveniencias de la pasion y muerte del Salvador.

DISCIPULO.

Ya es tiempo, Maestro, que comencemos á tratar del mas alto artículo que hay en este misterio de nuestra redempcion, que es la Cruz y muerte del Hijo de Dios: la cual (como el Apóstol dice) fué escándalo para los judíos, y materia de locura para los gentiles. Porque, como dice Sant Gregorio (a), pareció á los hombres locura morir por ellos el autor de la vida; y de ahí vino el hombre á tomar escándalo para no creer, de donde habia de tomar motivos para mas amar. Pues porque Dios nos libre de tan gran peligro, de mas de la fe que por la misericordia de Dios tenemos deste misterio, deseo saber las conveniencias y frutos que la razon humana, alumbrada por esta misma fe, halla en él; porque la prudencia mundana espántase mucho de oír muerte en Dios.

Maestro. La causa dese espanto es ser los hombres tan de carne, y tener tan poca cuenta con el espíritu, que no conocen otros bienes ni males sino los del cuerpo, despereciéndose por los unos, y huyendo á velas tendidas de los otros. Y porque entre los males del cuerpo dice Aristóteles que el mas terrible es la muerte, por eso de tal manera la temen y aborrescen, que muchos ni aun pensar en ella osan. Mas para comenzar á responderos á esa pregunta, quiero primero advertiros que cuando confesamos en los artículos de nuestra fe que Dios murió y padesció, no entendemos que Dios segun la naturaleza divina padesciese, sino segun la humana, que por nuestra causa tomó. Porque es tan grande la simplicidad, la pureza, y la inmutabilidad de aquella altísima substancia, que ningun linaje, ni de cualidad, ni de accidente, ni de otra cosa peregrina puede caber en ella. Porque en Dios no hay otra cosa mas que Dios. Y conforme á esto dice Sant Augustin (b) que así como cuando el mártir moria, el cuerpo solo moria, y no el ánima: así cuando el hijo de Dios padescia, la sagrada humanidad padescia, mas la divinidad estaba libre y exemta de toda pasion. Esto nos representó aquel memorable sacrificio de Abraham (c), en el cual le mandaba Dios sacrificar á su hijo Isaac; y al tiempo que el sancto Patriarca levantaba el brazo para sacrificarlo, fuéle á la mano un ángel, y mandólo que no tocase en él, pues ya habia mostrado la entereza de su fe y obediencia; mas en esta sazón vió el Patriarca un carnero que estaba preso por los cuernos en una zarza, y este ofresció en sacrificio. De modo que el hijo quedó vivo, mas el carnero solamente fué muerto. Lo cual, como dice Sant Ambrosio (d), nos declara la condicion

(a) Homil. 6. sup. Evangel. (b) De temp. ser. 191. tom. 10. (c) Genes. 22. (d) De Abrahám, lib. 1. cap. 8. tom. 1.